

— «Creo en él por obediencia, pero no con el corazón», confiesa Monseñor Quijote en conversación que finaliza «como un frenazo en seco», con el secretario del obispo. Un catolicismo con esperanza en las iglesias tercermundistas; cegador por atípico; desconcertante por sus aseveraciones: «Sentía como una traición que temiese más al dolor de las balas que a lo que vendría después» (reflexiona el cura Whisky); irritador, por sus actitudes, del católico tradicional que siempre ha tenido puntos de referencia concretos, balizas seguras para guiarse y que, leyendo a Greene, es incapaz de asimilar la peripecia vital del cura alcoholizado y fornicador al que sólo la soberbia, que no el amor de Dios, ha hecho permanecer en el Méjico de la revolución sin huir o claudicar. Tranquiliza más a ese católico el fusilamiento del mártir Juan, didáctico, teatral, de cartón piedra, leído por una madre a sus hijos con fines ejemplificantes. Allí el mártir es heroico, un ejemplo rotundo, una estela luminosa por la que andar sin titubeos, un camino bien señalizado. Las armas que apuntan al joven mártir son los brazos de Dios que le esperan. (Buena diana literaria de Greene que resultaría malograda en cualquier traducción. las traducciones son siempre los ecos de la literatura.) Mientras, por el contrario, las armas que apuntan al cura Whisky son simplemente, sin metáforas: armas. Armas que acribillarán su cuerpo y derramarán dolor:

—«¿Dura mucho el dolor?» —«No, no. Un segundo.» —«¿Cuánto es un segundo?»

El cura Whisky, envilecido, autodespreciado, aterrado por el dolor físico, será conducido al paredón entre dos guardias, porque, a pesar de sus esfuerzos, no puede dominar las piernas. No puede gritar: «¡Viva Cristo Rey!» como el jubiloso y anhelante Juan. El sólo puede emitir algo apenas inteligible, porque tiene la boca reseca: «Perdón». Esa palabra sistetizaba toda su voluntad, era la razón que le había forzado a cruzar de nuevo la frontera cuando ya estaba a salvo de la persecución. Cambiaba entonces su salvación por la salvación del moribundo que le perdería sin su presencia. Pero él, sin él mismo saberlo y pese a que ello no fuese su intención última, estaba cruzando «su» frontera, aquella en donde ya no importaría ni la condenación, donde incluso el miedo al dolor físico quedaba al fondo, en la que sólo imperaría la inmensa desilusión de ir hacia el Hacedor con las manos vacías, sin nada que ofrecer, ¿o acaso sí?: el grito, desfigurado por la angustia, resonando en el umbral mismo de la eternidad. No es casual que Greene contraponga, en un breve espacio narrativo, estas situaciones límite tan diferenciadas.

Y así el católico ortodoxo, al leer las obras de Greene, ve desvanecerse los hitos tradicionales que eran su norte y su guía. ¡Cómo se puede explicar el Misterio de la Trinidad valiéndose de botellas de vino y adjudicando al Espíritu Santo al principio, y para colmo, sólo media botella!, grita escandalizado el esquemático católico lector de Monseñor Quijote. Y, sin embargo, Greene, no nos engañemos, sigue siendo creyente. Un creyente, eso sí, peculiar, inclasificable, crítico zumbón, a veces, de la intransigencia, tábano sempiterno de la superstición y su mercantilismo, más cercano a la humildad de la duda, porque la duda es humana, que a la gélida certeza, sin fisuras, de la jerarquía. Si no existiese la duda, le faltaría al ser humano «la dignidad de la desesperación», piensa y dice nuestro escritor. Por eso, la cita de Unamuno encuentra su sitio en su última novela: «Hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le

cuchichea al oído espiritual: “¿Quién sabe” “¿Cómo podríamos vivir sin esa incertidumbre?”».

De Greene también se ha afirmado que no se interesa por la política. Nos lo recordaba, no hace mucho, García Márquez. Y nos lo recordaba para desmentirlo mediante un vertiginoso recorrido por el mapa geopolítico-literario del autor inglés: *Los Comediantes* —Haití— Duvalier; *El Poder y la Gloria* —Méjico— Revolución; *Cónsul Honorario* —Stroessner— Paraguay; *El Americano Impasible* —Vietnam— profecía; *Nuestro hombre en La Habana* —Cuba— Batista, y... *El Factor Humano*.

El propio Greene no negaba, en su visita a Madrid, que todavía se interesa por la política, aunque con un «escepticismo pasional». Escepticismo pasional que no oculta su interés. Pero este interés suyo es un interés sin ataduras, sin compromisos de adhesión a ningún grupo o sistema. Ha guardado celosamente su lealtad sólo para lo que él cree que la merece. No podía ser de otra manera. Greene sigue defendiendo su singularidad. Agnóstico de utopías políticas, es defensor irreductible y aspirante ilusionado a un «socialismo de rostro humano», al cual acosan sin tregua la hiena del capitalismo y el comunismo stalinista. Greene matiza siempre con el adjetivo, porque nunca ha ocultado «una cierta simpatía por los comunistas no stalinistas».

Sí, Greene se interesa por la política, siempre nos ha dejado testimonio de ese interés en su pasado literario. En su pasado lejano y aún en el próximo. Ahí está *El Factor Humano*, una de sus mejores novelas (ecuación de su ser y su sentir) para probarlo. En ella, el escritor británico emite opiniones cortantes como navajas, justifica simpatías y marca distancias significativas. Castle, agente burocrático del servicio secreto británico, envés de cualquier imagen jamesbondiana, al que sólo el agradecimiento hacia un agente soviético ha convertido en agente doble, será el haz de luz con el que Greene ilumine oscuros túneles por los que transcurren las subterráneas acciones de los servicios secretos al servicio de poderes aún más secretos:

- «¿Un entendimiento secreto en lugar de un tratado secreto?»
- «Exactamente».

Por medio de Castle se descorrerán cortinas de digno terciopelo que cubrirán apariencias respetabilísimas y ciudadanos libres de toda sospecha serán sorprendidos en posiciones morales escatológicas: «... sólo tendremos que eliminarlo. Sin juicio, sin publicidad». Posiciones morales que provocan la náusea, y pactos inconfesables que minan la fe en un sistema que en apariencia imposibilitaba las tiranías y era el santuario de la justicia: «Queramos o no, Africa del Sur, Estados Unidos y nosotros somos socios en Tío Remus»... «Es lo que los políticos llaman una “política realista”.» Porque «Tío Remus» es la concha que oculta la muerte en forma de hongo atómico, hongo atómico que se desplegaría para proteger la «política realista» de Occidente:

— «Se ha preguntado alguna vez, Castle, qué le ocurriría a Occidente si las minas de oro sudafricanas quedaran cerradas por una guerra racial? Y por una guerra perdida de antemano como en el Vietnam.»

El oro bastará por sí mismo para sellar el pacto, los diamantes y el uranio aprietan aún más el nudo de la alianza. Una alianza que, por su naturaleza, iguala a los aliados.

Los disimulos y los pudores quedan pronto al desnudo porque en este juego no hay lugar para los fariseísmos:

— «¿Y se mantendrá el apartheid?» —«Siempre habrá cierto apartheid. Como lo hay aquí... entre los ricos y los pobres».

¡El eterno apartheid!, ese común denominador que aúna voluntades en el poder y desemboca en la ausencia total de escrúpulos, conformando esa «política realista» que sobrecoge a Castle y pone en su mente imágenes apocalípticas: «Primero fueron los niños amarillos, no más amarillos que nosotros, y luego serán los niños negros...», son palabras del viejo librero Halliday que trasladan a la voz aquellas imágenes, en conversación mantenida con Castle durante una visita de éste, aparentemente casual, a su librería.

Imágenes que volverán a tender el puente de una colaboración largamente mantenida con los comunistas, porque así se lo había exigido a Castle el agradecimiento hacia Carson, el agente soviético que salvó a Sarah y a Sam de las cárceles racistas, que identificaba a los africanos por el color de su piel y que: «Sobrevivió a Stalin como los católicos romanos sobrevivieron a los Borgia», suceso que hizo exclamar a Castle: «Me indujo a tener una mejor opinión del partido». Porque Castle se ha naturalizado negro. Lo hizo desde el instante mismo en que se enamoró de Sarah, su mujer. Esa nacionalidad, enraizada en el amor, un amor que se extiende a todo lo que Sarah representaba y Carson defendió hasta su muerte, es lo que «Tío Remus» pone en trance de desaparición y espolea a Castle: «Vuestros peores crímenes, Boris, pertenecen siempre al pasado, y el futuro todavía no ha llegado. No puede seguir repitiendo como un papagayo: “¡Recuerda Praga! ¡Recuerda Budapest!”». Hay que preocuparse por el presente, y el presente es Tío Remus». Por eso Castle, el colaborador condicional de los soviéticos («Nunca seré comunista, pelearé de tu lado en Africa, Boris, no en Europa») dará el paso final y tomará la amarga decisión que le separará de todo lo que ama y le situará en un entorno desconocido, para él vacío de significado, donde sólo le queda el whisky como único remedio contra la desesperación. Pasará «la frontera» que separa la lealtad a sí mismo y la lealtad hacia su país cuyas alianzas preludian la masacre atómica. Castle ha decidido y se ha inclinado la única lealtad posible en su caso, la deslealtad. Se ha impuesto, al fin, el factor humano. No podía ser de otra manera en Greene, porque nada en esta novela es casual, ni siquiera el título.

A su regreso de Africa del Sur, Castle, el burocrático agente doble, quizá porque «en las profesiones raras, todo lo que corresponde a una rutina cotidiana adquiere gran valor», prefirió volver a su pueblo natal: Berkhamsted, en cuyo ejido cuando él era niño «todavía quedaban vestigios de las antiguas trincheras excavadas en la dura arcilla roja durante la Primera Guerra Mundial contra Alemania...» En ese mismo ejido está la cueva de donde surge el entrañable dragón que, frente a la ventana del internado envía cálidas nubes de aliento a aquel Castle niño que lloraba desconsoladamente bajo las sábanas «porque era la primera semana del trimestre y quedaban aún doce infinitas semanas para las vacaciones». Berkhamsted, las trincheras del ejido, la angustia de la escuela, algo demasiado preciso. Vamos caminando tras unas huellas que Greene no se ha preocupado en borrar. Tampoco lo hizo Castle cuando creía que el juego tocaba